

DÍA 1

Mientras la aeronave transbordadora que la tenía que dejar literalmente en medio de la nada aterrizaba, Ava volvió a comprobar que no hubiera imperfección alguna en el uniforme que llevaba puesto. Se arregló el pelo instintivamente para asegurarse de que ningún mechón se le hubiera escapado de la coleta que recogía su media melena y volvió a repasar mentalmente lo que había pensado decirle a su nuevo equipo. A medida que la aeronave se acercaba a su destino notó aquella sensación de cosquillas en el estómago que tanto odiaba. El nerviosismo no era algo a lo que estuviera acostumbrada o que estuviera socialmente aceptado siquiera. Mientras intentaba buscar algo con lo que entretener su mente durante esos últimos minutos de trayecto, se repitió lo que se había convertido en un mantra para ella aquellas últimas horas: “No te preocupes, tenemos un plan”. El plan de Ava consistía en encajar.

El transbordador aterrizó en el ala este de la estación espacial. Un área de la nave destinada a las visitas y trayectos de corta duración. Ava no era una visita, pero su transporte sí. Un miembro de la tripulación de su embarcación la ayudó con el equipaje y la dejó en medio de un hangar semivacío. En seguida se le acercó un carrito robotizado de transporte que consiguió cargar uno a uno todos los bultos que ella llevaba y empezó a avanzar hacia la salida. Ava siguió observando todo lo que la rodeaba y comenzó a caminar arrastrando un poco los pies, las botas de su nuevo uniforme eran bastante más pesadas de lo que le habían parecido aquella mañana al ponérselas por primera vez.

Avanzaba con dificultad al ritmo ligero marcado por su guía, en medio de un hangar repleto de naves y otros carros transportadores, y en general bastante falto de toda presencia humana. Una vez fuera del hangar, el robot la guió por un entramado interminable de pasillos y escaleras en un trayecto imposible que ella sabía positivamente que nunca podría reproducir.

Después de varios giros por corredores idénticos repletos de puertas a lado y lado, llegaron a un nuevo pasillo a simple vista igual a los anteriores. Su guía se plantó ante una de las puertas. Ava entendió el gesto y se situó justo delante de ella. La tarjeta de identificación que llevaba al cuello —una placa metálica y de vidrio sintético muy fina, cuadrada y de apenas cinco milímetros por costado— se comunicó con la puerta, que reconoció a Ava de inmediato y se abrió. Ella prefirió quedarse fuera mientras dejaba que el robot entrara para deshacer las maletas y bultos uno a uno. La máquina distribuyó la ropa y el resto de sus objetos personales rápidamente entre armarios, cómodas y estanterías. Se fue sin articular sonido alguno, atravesando la puerta, todavía abierta, que se cerró sólo sentir la presencia de Ava finalmente dentro de la habitación.

Ella recorrió con la mirada el espacio, su nuevo cuarto era exactamente igual que el último que había ocupado. Revisó rápidamente todo lo que había podido traer consigo para asegurarse de que estuviera colocado en el mismo lugar que en su antigua habitación. Hurgó un poco en los cajones y el armario para que la perfección de su ropa dispuesta allí por un robot no fuera tan evidente. Se aseguró de que los ejemplares que había traído de su colección literaria y musical en formato analógico no hubieran sufrido durante el viaje, acariciando el lomo de uno de sus libros preferidos. Cuando terminó pensó que lo único diferente respecto a su cuarto anterior parecía ser la vista que tenía desde la ventana. Hacía sólo unas horas que se había despedido de las cuestas calles de San Francisco y en aquellos momentos quería empezar a familiarizarse con el nuevo paisaje. Todo el mundo había insistido en que uno de los atractivos de formar parte del equipo de aquella estación espacial era precisamente el paisaje. De momento parecía no haber nada destacable, el universo se exponía ante sus ojos en forma de oscuro e inmenso vacío.

La joven se quitó la chaqueta de piel artificial y ecológica de su uniforme y la arrojó sobre la cama metálica arruinando la perfección de sus sábanas inmaculadamente blancas y lisas. En una de las mangas de la camiseta ajustada que llevaba puesta se podía leer “Gremio de Antropólogos”. Mientras se remangaba el uniforme y seguía contemplando la nada que se extendía ante ella, unos golpes secos interrumpieron sus pensamientos. Ava hubiera jurado que el sonido provenía de la puerta de entrada pero era un ruido que no había visto descrito en ninguno de los protocolos que el departamento de coordinación de la nave le había enviado. Instintivamente decidió acercarse a la entrada. Ryo, su tutor de comportamiento social, siempre le había dicho que ante una situación inesperada debía actuar instintivamente. Al aproximarse a la puerta, su tarjeta de identificación proyectó una pantalla virtual delante de Ava, a unos centímetros de su rostro, que le permitió ver quién había del otro lado. Ava hizo el reconocimiento de rigor: pies grandes, espalda ancha, uñas cortas,

pelo oscuro, mirada segura, altura superior a la media, peso medio, complexión robusta, varón, edad inferior a la treintena, atractivo superior a la media. Antes de poder llegar a observar todas las variables que le gustaba recoger en una primera toma de contacto, Ava notó los rápidos cambios fisiológicos que se producían en su cuerpo: pupilas dilatadas, piel de gallina, aceleración del ritmo cardíaco.

Basándose en aquella reacción involuntaria, el espécimen que se encontraba del otro lado de la puerta de Ava había llamado la atención no sólo de la antropóloga que había en ella, sino también de la hembra de preferencia heterosexual que la definía en otros aspectos de su vida. Ava lo atribuyó enseguida a la belleza del varón del otro lado de su habitación. Por suerte ante todo ella era una humana racional y perfectamente familiarizada con ciertas respuestas fisiológicas, respiró profundamente tres veces para recuperar su variabilidad cardíaca en estado de relax, que para ella eran 59 pulsaciones por minuto, y abrió la puerta.

Las primeras interacciones solían ser raras y difíciles para los humanos de finales del siglo XXI y Ava las temía pese a los cursos avanzados que Ryo había impartido en la materia. Pero el hombre de delante de su puerta parecía no compartir los temores de ella. Le dirigió una mirada segura y confiada, directa a los ojos y le alargó la mano. Ava notó ese color involuntario que le surgía a veces en las mejillas y temió que acabara también con las orejas de color escarlata. Quería ser educada y devolverle al hombre que se alzaba imponentemente delante de ella aquella mirada franca y segura, pero le costó mirarlo fijamente a los ojos. No acabó de entender lo que le estaba pasando porque siempre había sacado las mejores puntuaciones en las clases de interacción personal. Mirar a los ojos, pese a su timidez, era algo con lo que Ryo siempre había destacado que la joven se desenvolvía con casi completa naturalidad. Sin duda su maestra se hubiera decepcionado un poco si la hubiera visto en aquel momento. Ava dudó unos instantes con los ojos fijados en el suelo y finalmente alargó también su mano para saludar a su visitante. Había logrado recordar el apretón de manos como forma habitual de saludo en la sociedad occidental de finales del siglo XX y principios del presente. Un dato tan evidente, objeto de sus largos años de estudio, y que por un instante parecía haberse escapado por completo de la cabeza.

—Soy Sam. Bienvenida a bordo. Sígueme. Te están esperando —él articuló esas palabras en un suspiro y sin sonreír.

Sin darle tiempo a decir nada, él se giró y comenzó a avanzar a paso rápido por el pasillo. Ella apenas tuvo tiempo de estirar de nuevo las mangas de la camiseta de su uniforme, palpar la tarjeta de identificación asegurándose de llevarla puesta y empezar a seguir los pasos de Sam en un nuevo laberinto interminable de pasillos, escaleras y pasarelas.

Finalmente él se paró delante de una puerta corrediza y minúscula que

Ava no podía imaginar cómo alguien de su tamaño podría cruzar. Juntó los dedos de su mano derecha en un puño cerrado y golpeó la puerta con los nudillos, haciendo el mismo ruido que instantes antes en la puerta de Ava. Ella lo contempló con una mezcla de curiosidad profesional y fascinación absoluta. Sus gestos eran casi más propios de principios del nuevo milenio que de la era contemporánea.

Sam se giró levemente, señalándole la puerta a Ava y se fue. Ella no tuvo tiempo de ver cómo se alejaba, la puerta minúscula se había abierto y la esperaban dentro.

Sentado tras una enorme mesa de metacrilato, un varón pequeño y arrugado interactuaba incansablemente con la pantalla virtual táctil desplegada delante de sus ojos. Un examen rápido le dio a Ava algunos de los datos que recogía en una toma de contacto inicial: pies pequeños, cuerpo menudo, pelo grisáceo, altura inferior a la media, peso inferior a la media, edad superior a la cincuentena.

Al ver entrar a Ava, él se levantó y procedió a realizar el tipo de presentación que todo humano corriente utilizaba en una primera interacción desde la Revuelta.

–Sebastian, coordinador de comunicaciones de la nave –él la miró muy levemente a los ojos para indicarle que era su turno.

–Ava, jefa de investigación antropológica.

Mientras ella hablaba, Sebastian asintió complacido y se le acercó con admiración.

–Es un placer contar con tu presencia a bordo. Estoy seguro de que tu trabajo nos ayudará a resolver muchas de las dudas que todavía tenemos. No ha pasado mucho más de medio siglo desde la Revuelta y sin embargo comprender por completo todo aquello que llevó a ella a veces sigue siendo un enigma para nosotros –dijo Sebastian con un tono más distendido una vez que la presentación formal ya se había realizado–. Tu padre me ha pedido personalmente que te atienda en todo lo que puedas necesitar. Por favor no dudes en decírmelo en caso de querer algo, estaré encantado de ayudarte. La vida a bordo de embarcaciones como ésta a menudo puede ser demasiado frugal para alguien recién doctorado y proveniente de la Tierra.

–Gracias –Ava respondió un poco incómoda, como siempre que tenía la sensación de que la posición de su padre en la junta de dirección de los gremios podía beneficiarla de algún modo–, mi padre no tenía ninguna necesidad de molestarte con algo así, pero gracias igualmente. Estoy segura de que aquí encontraré todo lo que necesito y podré aplicar mi investigación.

Sebastian asintió y Ava intuyó amabilidad y sinceridad en sus ojos. Él le hizo un gesto, señalando la puerta de salida de su despacho y ella supo que había llegado el momento que tanto llevaba temiendo.

*

Sebastian abrió la puerta de la pequeña oficina, asomando su cabeza al interior como para asegurarse de que todo el mundo estuviera dentro. Hizo un leve movimiento con la cabeza para saludar y le indicó a Ava que entrara en la habitación.

–Equipo B-8416, aquí está vuestra nueva jefa de investigación antropológica, Ava –dijo el coordinador de comunicaciones cuando la joven hubo entrado en la que sería la oficina que a partir de entonces compartiría con su equipo–. Y ahora deja que te los presente.

A Ava le sorprendió el ofrecimiento de Sebastian. Por mucho que ella temiera un poco el momento de las presentaciones con el resto de su equipo, podía valerse por sí misma para hacerlo y estaba segura de que el coordinador de comunicaciones tendría cosas mejores que hacer. A pesar de ello Sebastian se mantuvo fiel a su palabra, avanzó decidido hacia la mesa circular alrededor de la cual estaba sentado el nuevo equipo de Ava, situándose primero frente a una chica menuda y pelirroja, de cara vivaz y simpática. Tenía pies pequeños, piel de alabastro, una sonrisa en los labios, flequillo, altura inferior a la media, peso inferior a la media, edad inferior a la treintena y belleza acorde al canon vigente.

–Ésta es Keeley, la jefa técnica.

Ava asintió con la cabeza y miró levemente a Keeley para confirmar su presentación. La pelirroja le devolvió una sonrisa generosa y Ava habría podido jurar que dedicó mucho más tiempo del establecido protocolariamente en observar su apariencia física. Era evidente que las primeras tomas de contacto eran un poco diferentes en Deckard de aquello a lo que ella estaba acostumbrada.

–Estos son Dupont y Thompson, los técnicos del equipo –Sebastian estaba señalando a dos chicos jóvenes, de aspecto casi descuidado y extrañamente parecidos el uno al otro pese a su prácticamente segura falta de parentesco genético. Ava apenas tuvo tiempo de registrar unos pocos detalles. Pies de tamaño medio (ambos), uñas mordidas (Dupont), pelo castaño oscuro (Dupont), pelo castaño claro (Thompson), piel blanquecina (ambos), edad rozando la veintena (ambos), mirada cohibida e indirecta (ambos).

Sin apartar los ojos por un segundo de las pantallas virtuales táctiles desplegadas frente a ellos gracias a sus tarjetas de identificación, Dupont y Thompson teclearon unos pocos símbolos ante sí. Instantáneamente la tarjeta de Ava recibió una notificación de recepción de mensajes. Ella dio un doble toque sobre su tarjeta de identificación con sus dedos índice y cordial estirados, aceptando de ese modo los mensajes. Estos aparecieron proyectados al desplegarse su pantalla virtual: “Dupont dice: Bienvenida a bordo de Deckard”, “Thompson dice: Bienvenida a bordo de Deckard”.

Ava aprovechó para enviar a ambos técnicos un “Gracias”, usando el teclado virtual de su pantalla desplegada. No era extraño que los chicos hubieran escogido aquella forma de comunicación. Era una tendencia entre los más jóvenes de su generación, que preferían prescindir de las palabras y el lenguaje elemental estándar para desarrollar formas de comunicación nuevas.

Quedaba una sola persona sentada a la mesa. Sebastian se dirigió hacia él.

—Y naturalmente ya has podido conocer a Sam. Jefe de investigación antropológica adjunto y, espero, tu mano derecha en todo lo que necesites a partir de ahora.

Una especie de hormigueo incómodo le recorrió el estómago cuando la joven contempló la posibilidad de que aquel hombre se fuera a convertir en su mano derecha. No recordaba que Sam se hubiera presentado antes como su ayudante de investigación. Estaba segura de que una información así no se le hubiera pasado por alto. Ava quiso intentar devolverle entonces la mirada franca y segura que él le había ofrecido cuando se conocieron por primera vez hacía un rato y que se hacía un poco más sencillo para ella en esa segunda toma de contacto. Sam sentado resultaba un poco menos imponente que alzado en todo su esplendor frente a ella bajo el marco de la puerta de su habitación.

Ella se acercó un poco más a él y lo miró con la intención de encontrarse con sus ojos. Pero Sam no la correspondió. El joven tenía la mirada perdida en el horizonte. Ava volvió a sentir aquella sensación de sonrojo apoderándose de su tez. Pensaba en lo vejatorio que debía haber sido para Sam que ella no hubiera podido devolverle la mirada hacía unos minutos cuando se habían conocido, tanto como lo estaba siendo en ese momento para ella que él hubiera decidido no volver a honrarla con sus ojos cálidos y profundos.

Convencida de que todo el mundo debía estar dándose cuenta del elevado tono de sus mejillas, Ava intentó recomponerse. Irguió la figura, se estiró casi imperceptiblemente la camiseta del uniforme y miró al resto de los presentes en la habitación con la mejor sonrisa que supo articular. Incontables habían sido los estudios que había leído acerca de la importancia de aquel gesto para provocar sentimientos de aceptación, simpatía e incluso bienestar entre los otros. Sebastian pareció darse cuenta de las intenciones de ella y la correspondió con una sonrisa no del todo natural. El arte de sonreír era uno de los retos más difíciles al que los humanos contemporáneos tenían que enfrentarse.

—Estoy seguro de que tenéis muchas cosas de las que hablar. Os dejo con Ava. Por favor haced que se sienta como en casa —le dijo el coordinador de comunicación al equipo de Ava mientras dejaba el despacho B-8416. Y, si no fuera porque en realidad casi no había tenido tiempo para reparar en

ello, Ava hubiera jurado que antes de salir Sebastian le dirigía una mirada a Sam.

Ava seguía de pie en medio de la habitación, el resto de su equipo estaba sentado todavía alrededor de la mesa en la que ella los había conocido. Había llegado el momento de causar la mejor de las primeras impresiones, de encajar. La joven tosió nerviosamente y se dispuso a hablar.

—Supongo que todos debéis estar tan sorprendidos como yo por este cambio —empezó a decir. Estaba segura de que aquellas no eran sus primeras palabras en el discurso mental que había escrito aquella mañana de camino a la estación espacial, pero por algún motivo había sido incapaz de dar con ellas en la inmensidad de su cerebro, algo que sólo logró acrecentar su inseguridad—. Supongo también que debéis saber ya que a partir de ahora las cosas van a ser un poco diferentes. Estoy segura de que Sebastian os debe haber comunicado que mi línea... nuestra línea de investigación va a cambiar. Sé que estabais haciendo cosas muy diferentes y bastante increíbles...

—Simulación y proyección bélica —la interrumpió Sam.

—¿Perdón? —respondió Ava sin acabar de entender lo que estaba pasando. El tono seco y casi se atrevería a calificar de malhumorado de él no era algo a lo que Ava hubiera estado demasiado expuesta en el pasado. Tampoco estaba acostumbrada a que la interrumpieran antes de que hubiera terminado de hablar. Afortunadamente las malas maneras se habían convertido en un comportamiento completamente inaceptable desde la Revuelta.

—Estudios de campo en simulaciones bélicas de conflictos pasados y proyección bélica para evitar conflictos futuros. Ésas son las cosas diferentes y bastante increíbles a las que nos dedicamos.

—Sé exactamente aquello que estabais haciendo —respondió ella más consciente de las palabras que usaba y todavía sorprendida por el tono poco conciliador de él, evitando mirarlo directamente en todo momento—. Creo que esa línea de investigación es extremadamente importante, por supuesto. Afortunadamente el vuestro no es el único equipo antropológico que el gremio ha dedicado a ese fin. Y desafortunadamente para vosotros, parece, mi línea de investigación dista bastante de ello. Tal vez podamos aprovechar para familiarizarnos un poco más con ella y para hablar de nuestro trabajo futuro y nuestra investigación como equipo.

Sam se levantó de la mesa, mirándola a los ojos de nuevo como durante su primer encuentro, pero con un atisbo de desafío que hasta el momento Ava no le había adivinado a su nuevo ayudante.

—Sé que deben haberte dicho que tenías que darnos la charla, pero no te preocupes. Es tarde y debes estar cansada después de tu viaje. Para nosotros también ha sido un día bastante largo y lleno de sorpresas. No te preocupes por nosotros. ¿Por qué no descansas un poco? Podemos hablar

de todo por la mañana –dijo él con tono decidido aunque conciliador.

Ava intentó procesar aquello que estaba sucediendo. Era cierto que la mirada de Sam parecía desarmarla por motivos que ella prefería atribuir al cansancio acumulado en un día que había empezado demasiado pronto, pero ¿era posible que su subordinado estuviera llevándole la contraria delante de su nuevo equipo? La joven no tuvo tiempo a reaccionar antes de que Sam reanudara su discurso.

–Chicos, vamos a dejar que Ava descanse un poco, ¿de acuerdo? Nos volveremos a reunir aquí mañana a las nueve de la mañana.

Sam fue el primero en salir de la habitación, sin hacer siquiera un amago por despedirse. Dupont y Thompson lo siguieron, no sin antes enviar un “Dupont y Thompson dicen: Hasta mañana. Encantados nuevamente de conocerte” a la pantalla virtual de Ava. Keeley fue la última en dejar la habitación, mirando a su nueva jefa con una sonrisa cálida y amable antes de salir. Si había una humana posterior a la Revuelta capaz de dominar el arte de la sonrisa parecía ser Keeley.

Ava se quedó plantada en medio de la habitación, desde allí se veía la Luna suspendida del otro lado de la pared de cristal del despacho. Era casi la misma vista del vacío infinito y oscuro que tenía en su cuarto pero intensificada por una perspectiva muy hermosa del mar de la Tranquilidad lunar. Ava contempló aquella imagen mientras reflexionaba. Llevaba unas pocas horas en aquella estación espacial y lo único que parecía haber conseguido por el momento era sonrojarse y ponerse nerviosa.

Un pitido continuado hizo que Ava despertara de la hipnosis causada por el paisaje espacial. Un mensaje recibido en su tarjeta de identificación y desplegado en su pantalla virtual la informaba de que había llegado la hora de cenar.

*

Ava se limitó a seguir al resto de tripulantes de Deckard que se habían echado a los pasillos de la nave con un aparente único destino en mente. Si algo le habían enseñado sus años en internados e instituciones educativas a la investigadora era que no había nada más fácil de encontrar en un sitio nuevo y desconocido como un comedor comunitario en hora punta. En pocos minutos Ava estaba en la cola de la cafetería sopesando las opciones del menú: revoltijo de grillos y sucedáneo de huevo con ensalada de espinacas y tomates de cultivo hidropónico o el siempre recurrente batido a base de un compuesto nutritivo hidratado con agua potabilizada.

Ava optó por la opción menos aburrida para ver hasta qué punto uno podía dejarse deleitar o no por la oferta culinaria de Deckard. Era consciente de que los recursos en la nave eran más limitados que en la Tierra pero, al menos a simple vista, los alimentos en Deckard parecían

bastante comestibles e incluso apetitosos. Cogió una bandeja para cargar con la cena y recorrió el comedor con la mirada, buscando un sitio donde sentarse. Enseguida vio a Sebastian en una de las mesas más cercanas. Él le hizo una señal con la mano para que se acercara y Ava no pudo ignorar la invitación. Hubiera preferido disfrutar de un primer ágape a bordo en perfecta soledad y acompañada por un poco de lectura, pero Ava recordó que su objetivo era encajar cuanto antes y para ello debía relacionarse con los miembros de aquella nave.

Aunque, mientras avanzaba con cuidado hacia la mesa de Sebastian, pensó que difícilmente podría integrarse si se limitaba a comer con el coordinador de comunicaciones y sus acompañantes, que a simple vista parecían oficiales de rango superior en la jerarquía de Deckard. Ava prefirió no sacar conclusiones precipitadas para las que carecía de suficientes datos y se repitió a sí misma que tenía tiempo de sobras para encajar. Al fin y al cabo sólo era el primer día. Mientras se sentaba a la mesa junto a Sebastian, intentando producir su mejor sonrisa, se preguntó por qué debía haber desarrollado aquella fastidiosa costumbre de juzgarse a sí misma con demasiada rigidez en todo momento.

Fingía, tan bien como podía y de acuerdo al código social imperante, estar interesada por la conversación de las dos jefas de investigación sentadas a su lado, especializadas en preservación y restauración de arte prerrevolucionario prehistórico. Aunque en realidad Ava estaba más pendiente de la conversación entre dos miembros de su equipo sentados unas mesas más adelante. Keeley y Sam estaban en uno de los largos bancos comunitarios sin respaldo del comedor, uno junto al otro y de espaldas a Ava. La jefa los había reconocido al instante por el color inconfundible y singular del pelo de ella y la robusta espalda de él, cuya forma triangular había podido memorizar aquella tarde mientras seguía sus pasos rápidos por los pasillos de Deckard.

Por lo poco que había observado de ellos, Ava casi se atrevería a asegurar que Dupont y Thompson probablemente preferirían consumir el batido nutritivo liofilizado de la cena en la intimidad de sus cuartos, inmersos tal vez en un ambiente de realidad recreada. No parecía que Sam y Keeley los echaran mucho de menos, todo indicaba que los dos técnicos no debían ser precisamente buenos conversadores. Sam tampoco daba muestras de mucha capacidad comunicativa. Keeley era quien estaba encargándose de hablar la mayor parte del tiempo y él la escuchaba con atención, mirándola fijamente a los ojos desde la corta distancia que los separaba. Haciendo una pausa en su discurso, Keeley miró a Sam con una de sus sonrisas y deslizó su plato de revoltijo de proteínas a medio terminar en su dirección. Él lo recibió con gusto y empezó a picar su contenido de inmediato con los palillos de madera que usaba a modo de utensilios de mesa. Ava casi se atragantó del susto al ver semejante práctica de falta de

prevención en el contagio de bacterias patógenas ejercida con total impunidad y a la vista de todo el mundo. El resto de la cena prefirió prestar más atención a la conversación de sus colegas, que seguían sopesando las ventajas e inconvenientes en la restauración y conservación de arte prerrevolucionario teniendo en cuenta su elevado coste en materia de recursos de mantenimiento y protección.

*

La puerta de su cuarto se abrió y Ava se desplomó sobre la cama. Debía reconocer que Sam había tenido razón en una cosa al deshacerse prematuramente de ella aquella tarde: estaba cansada, tal vez incluso muy cansada. No acababa de entender exactamente por qué hasta que empezó a repasar los acontecimientos ocurridos, o más bien precipitados, durante las últimas horas. Primero la repentina recepción de un mensaje que la había despertado de madrugada, informándola de que le habían encontrado una posición permanente como jefa de un equipo de investigación antropológica en la prestigiosa estación espacial de investigación Deckard, donde había solicitado una plaza algunos meses antes. A la sorpresa y emoción iniciales por poder empezar a desarrollar finalmente su nueva etapa profesional, las siguió la notificación de que debía incorporarse a su nuevo puesto de inmediato puesto que la actual jefa de investigación de su equipo había partido hacía unos días para ocupar un nuevo cargo. Apenas tuvo tiempo de hacer la maleta y empaquetar un par de cajas antes de que su transporte para Deckard viniera a recogerla. Se despidió de sus compañeros y dejó a Luka encargado de supervisar el embalaje del resto de sus preciadas posesiones. En tan solo unas pocas horas estaba contemplando el vacío infinito desde la ventana de su habitación.

Y fue ahí, en ese momento, cuando por primera vez en mucho tiempo percibió una sensación de vacío o añoranza difícil de describir y que intuía que podía calificar de soledad. Había leído mucho acerca de ella, los humanos de finales del siglo XX parecían aborrecerla y temerla en igual medida. A Ava lo de estar sola nunca le había parecido ningún inconveniente. Ella misma había desarrollado una vida bastante independiente y a menudo solitaria. Hacía muchos años, desde que ingresó en el primer internado de formación, que no residía en una vivienda familiar. Para ella su cuarto siempre había sido su hogar. Ava miró a su alrededor y en una de las estanterías de su nueva habitación encontró una de las primeras cosas que había metido en el equipaje aquella mañana. Una edición de 1920 de *La edad de la inocencia*, de Edith Wharton, que hacía años se había convertido en una especie de amuleto y la había inspirado en su profesión. Releyó el pasaje en el que su protagonista masculino, el aristócrata neoyorquino Newland Archer, visita por primera vez la nueva

casa de la misteriosa y sensual Ellen Olenska:

–Es delicioso... lo que has hecho aquí –repitió él.

–Me gusta la casita –reconoció ella–. Aunque supongo que lo que me gusta es la bendición de que esté aquí, en mi propio país y mi propia ciudad; y también poder estar sola en ella.

Habló tan bajo que él apenas pudo oír esa última frase, pero se refirió a ella con torpeza.

–¿Tanto te gusta estar sola?

–Sí; siempre que mis amigos impidan que me sienta solitaria.

Era como sí, a pesar de haber leído y releído aquel libro en más ocasiones de las que estaba dispuesta a reconocer, Ava entendiera el significado de aquellas palabras por primera vez. Se puso la chaqueta del uniforme todavía tirada sobre su cama. Hacía frío y aquella habitación aún no se había convertido en su hogar. Todo intento por encajar en Deckard había sido en vano.

Compra *La intérprete de lo anacrónico* en Amazon.com aquí:

<http://www.amazon.com/gp/product/B011P3SNYK>

En Amazon.es aquí:

<http://www.amazon.es/gp/product/B011P3SNYK>

Y en Amazon.com.mx aquí:

<http://www.amazon.com.mx/gp/product/B011P3SNYK>

